

Instantaneous



Guía Profesional é Industrial de "Instantáneas"

ABOGADOS

FRANCISCO IZQUIERDO

Abogado

Estudio: Agustinas, 1286

LUIS A. SANTANDER RUIZ

Abogado

San Antonio, 580; Empresa de Agua Potable.

VICENTE ECHEVERRIA

Abogado

San Ignacio, 174.

RAFAEL MOLINA ARZA

Abogado

Estudio: Delicias, 1039.

RICARDO MATTE B.

Abogado

Estudio: Bandera, 152

MÉDICOS CIRUJANOS

DR. DAVID FRÍAS

Delicias, 1354. Consultas: de 12 á 3 P. M.

PF. KRUMM HELLER

Delicias, 841. Establecimiento de sistema Kuhne y Kneipp. Consultas y baños: de 9 á 11 A. M.

DENTISTAS

CONSULTORIO DENTAL
del

Dr. E. FERNÁNDEZ PRADA

Morandé, 131. Consultas: de 9 á 11 y de 2 á 5

ENRIQUE CUEVAS

Dentista

Amunátegui, 15. Consultas.

FLORENCIO HERNÁNDEZ

Dentista

Teatinos, 32. Consultas: desde 1 P. M.

DR. RICARDO LARENAS

Dentista

Graduado en Filadelfia. Moneda, 1154.

G. SAEZ C.

Dentista

San Antonio, 52, al llegar á la Alameda.

CORREDORES DE COMERCIO

CARLOS A. VILLARREAL

Corredor de Comercio

Huérfanos, 830. Se encarga de la compra y venta de propiedades y títulos de crédito, conversión de deudas, etc.

ZAPATERIAS

FERNANDO ZÚÑIGA

Estado, 75

Especialidad en calzado para señoras, caballeros y niños.

BOTERIA ALEMANA

De Carlos Pluschke

Estado, 234

VARIOS

Llegaron limos, limones, naranjos agrios y dulces, y toda clase de árboles frutales en pequeñas y grandes cantidades.

Compañía, al lado de los Tribunales

P. ARMIJO

ALMACÉN DE PROVISIONES

Calle de San Antonio, 69

Antiguo Almacén del Congreso.

HOJALATERÍA

Delicias, 841

Hace canales, cañerías, baños Kuhne á vapor, baños Thumm última invención y modelo.

«EL ARTE»

San Antonio, 86

Hace y compone paraguas, quitasoles, abanicos y cuanto se le presente.

VIÑA SAN PEDRO

J. Gregorio Correa Albano

Depósito: Claras, 257. Teléfono Inglés 975. Nacional 318

«LA COTIZADORA»

Moneda, 919

Oficina especial para la compra y venta de joyas de valor. Compra á los más altos precios brillantes y joyas viejas.

A. CESARE

San Antonio, 30

Fábrica especial de cadenas, collares y pulseras huecas y llenas. Se hace toda clase de Alhajas y composturas, precios más bajos que cualesquiera otra parte.

VIDRIERÍA ITALIANA

de

Angel Dell'Orto Hnos. y Ca.

149, Estado, 149

Teléfono 1160 — SANTIAGO — Importación directa.

INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

ES PROPIEDAD

Año I

Santiago, 17 de Junio de 1900

Núm. 12



Señorita RITA WALKER VALDÉS



EXCMO. SEÑOR DON ELÍAS FERNÁNDEZ ALBANO
Vicepresidente de la República de Chile,

SANTIAGO

He aquí una semana nutrida la que acaba de pasar.

Cámaras, interpelaciones, una novedad constitucional, la enfermedad de S. E. que la produjo, la muerte de un marino distinguido, lluvias intercaladas con sol, gente que se casa, gente que dice la primera misa, gente que se va á Europa, gente que estrena dramas y gente que se ocupa en escribir y en desmenuzar todo esto.

Santiago—la gran aldea, como la han llamado hasta el cansancio—ha tenido ancho campo para la chismografía en estos días de incertidumbres y de dudas. ¡Qué de comentarios! ¡Qué de dudas! ¡Qué de suspicacias!

Al rededor de la Moneda, un cordón aislador cierra á piedra y lodo las habitaciones de S. E. Sus deudos inmediatos están obligados por una razón de estado á sonreír amablemente por fuera, mientras lloran por dentro.

Alguien logra violar la consigna, abrir puertas, llegar hasta él, y sale mudo.

—¿Qué hay del Presidente?

—Ahí está...

—¿Cómo sigue?

—Lo mismo.

—¿Grave?

—Grave no... pero tampoco leve.

—¿Qué hay? ¿Qué tiene? ¿Se ha muerto?

—No se ha muerto...

Y es imposible sacar más. Entretanto uno se basa sobre lo que dijo el médico, otro sobre lo que se le escapó á un pariente, aquél sobre lo misterioso del decreto de transmisión del mando...

En cada casa de Santiago, la conversación se ha prolongado hasta tarde de la noche. Cada persona agrega algo nuevo, un detalle, una sospecha...

De ese mundo de cositas chicas resulta una montaña. La Vicepresidencia puede durar sólo días; pero también podrá durar meses...

Y esto no es tranquilizador, aunque haya diarios de índole dulce y hasta inocente, que se presten para contar á los lectores la anécdota del cigarrillo.

*
* *

Entretanto, el invierno empieza con lluvias pero con atractivos. Una novela, una comedia, un baile, dos ó tres matrimonios, una misa nueva; todo esto es mucho para nuestra pobrecita vida de todos los inviernos.

La comedia es *Thé de don Facundo* (la *h* es un misterio), de don Alberto Mackenna, representada con mediano éxito en el Apolo y retirada prematuramente de los carteles por su mismo autor.

El éxito fué inferior á la obra; se la apreció en menos de lo que valía, á pesar de que hubo aplausos sostenidos y llamados: 1.º, porque se le representó de una manera infame; 2.º, porque se daba en un teatrillo para zarzuela, yjá pesar de la presencia de la orquesta, no tenía música; 3.º, porque el público iba en la creencia de que la obra tenía partes musicales; 4.º, porque se cuidó el autor poquísimo de los diálogos; y 5.º, porque en vez de terminar la franca cargada en que debe terminar una comedia, acabó con moraleja, y salimos los espectadores con el corazón oprimido.

La comedia está bien escrita, sea dicho en honor de la verdad. Está estudiada con esmero. Puesta en la prosa ligera de un artículo, puede ser un gran artículo de costumbres... Pero llevada al teatro resulta lánguida, desfallecida perezosa.

Hay allí caracteres bien retratados; con verdad, casi con audacia, y á las veces con finura de verdadero humorista. Hay otros caracteres al lado de éste que están en boceto y se les ha pasado goma de borrar por encima.

Á ratos la comedia sorprende, y ya va uno á saludar al afortunado vencedor, cuando tiene una caída y corta la respiración y el aplauso.

Los personajes *monologan*, no *dialogan*. Queremos decir, que cada uno recita su parte y pone punto final. Los pensamientos que se cruzan, las palabras que se sablean como en una esgrima de ingenio, el *calembour* que revienta á cada instante en la trama; todo eso falta, todo eso se echa de menos.

En cambio no se echa de menos el can-can. . y sale. ¿Podrá faltar un *cancancito*? Nadie se lo figura, y á pesar de la *h* de *Thé* que augura algo exótico para el curso de la obra, nadie lo espera.

De repente el zapateo se deja sentir, y hasta las tablas del proscenio, que sonaron demasiado la noche del estreno, protestaron de tan forzado é inútil recurso.

Ahora bien, ¿valía la pena retirar la obra del cartel? Nó. El *Thé de don Facundo* no fué un éxito ruidoso, indiscutible; pero también estuvo muy lejos de ser un fracaso.

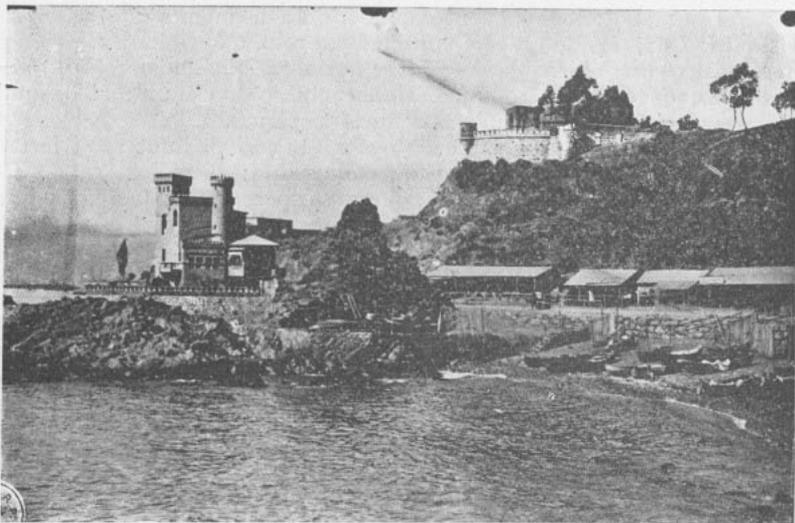
Verdad que los actores se quisieron reír del público, alterando la letra de la obra como se les antojó; pero eso tenía el remedio de repetirla, exigiendo á los empresarios del teatro el respeto debido para la culta concurrencia que les favorecía.

La descarnada crítica que hemos hecho, la única franca que ha aparecido hasta la fecha, deja algo en pie. La obra del señor Mackenna no ha caído; destrozada y todo, por los actores, fué aplaudida de buenas ganas.

Y estamos seguros que si en vez de la moraleja, que nadie pedía, por estar demasiado clara en el resto de la obra, se propone el matrimonio—para hacer vida nueva—retirar los cuadros de los antepasados, y descubre al Montecristo metido debajo de uno, todo el mundo habría salido aplaudiendo.

Pero la fúnebre y cascada voz de Campos y la solemne y filosófica amonestación que en su boca se puso, cayó como un balde de agua fría.

*
**



VALPARAÍSO — Playa Ancha

El simpático dibujante señor Martín, ha querido darnos para la portada de INSTANTÁNEAS una nota rápida del *foyer* del Apolo.

¿Creería el señor Martín, cuando movía su diestro lápiz para trazar las elegantes siluetas que en ella se ven, que al publicarse las mismas ya el teatrillo de la calle del Estado hubiera caído en desgracia?

Pero así es Santiago; tornátil como una chiquilla de quince años. No hace mucho, todo era vociferarse contra el Olimpo. El antiguo centro de las grandes concurrencias había quedado

desierto. Quien se arriesgaba á llegar allí, tenía que llevar una estufita en el bolsillo para no helarse.

Ahora vuelven las golondrinas. *La Alegría de mi Huerta*, feliz estreno de que estarán satisfechos los empresarios del Olimpo, es una preciosa obra.

Noche á noche, teatro lleno; ese lleno que esperaba Ansaldo suspirando á la puerta de su teatro vacío; ese lleno que es el mejor estímulo para hacer mejoras, y que no debe dejarse pasar; ese lleno alentador que merecen los que trabajan incesantemente.

Pero el Apolo todavía conserva la curiosa fisonomía que se le creó en dos meses. Un *foyer*, feísimo eso sí; tras de un cortinón de felpa rojo, una tiple desentona, pero desentona con gracia! en los palcos una guirnalda de cabezas hermosas que dudan entre reirse ó enojarse, por las gracias recortadas del género chico. Había sobre todo eso un mal disimulado *peor es nada*, que cesará si esa *Lirica* arriba alguna vez á nuestras playas.

Ya nos parece que llega diciembre, y esta sociedad que se divierte, haciendo sus maletas para el veraneo, nos dice á los que nos quedamos aquí:

—Si viene la compañía lírica, que nos espere, que volveremos en marzo á oirla.

Ojalá no suceda.

*
**

Un idilio nuevo (que pudo escribir Luis Orrego Luco así: *Un hidilio* para que también dijera todos: ¿y esa *ache*?) ha aparecido en dos tomitos. Lo mismo habría sido aparecer en uno, y no se habría asustado al público, porque muchos al oír hablar de dos tomos creen que se trata del *Larouse*.

Sin embargo, debemos decir que los dos tomos juntos y envueltos, parecen una caja de chocolates. Así lo creímos cuando su autor nos lo entregó en la calle:

—No tomamos dulces—dijimos con aire de gravedad.

—Si es el *Idilio*...

—¿El de Núñez de Arce...?

—Nó; el mío...

—¡Hombre! ¿Y los dos tomos dónde están?

—Ahí está todo.

El todo es corto, movido, interesante y rápido. Sin tiempo para más juicio, cerramos esta crónica, como se ve, por el punto final.



LA EPOPEYA DE LA IMPERIAL

El carrito acababa de ponerse en marcha.

Una mujer alta y demacrada, arrastrando tras de sí á un chiquillo, alcanzó el vehículo á fuerza de correr y subió á él tan pronto como la conductora tuvo á bien detener el carro.

Sofocada y rabiosa, dijo después de haber colocado á su hijo en la plataforma:

—¿No tiene V. mejor manera de divertirse, señora gordiflona? ¡Vaya un modo de hacer correr á la gente!

Como la conductora era pequeña y rechoncha, las palabras de la mujer hicieron desternillar de risa á los pasajeros.

Con tal motivo, la injuriada, roja de indignación, contestó:

—Si soy gordiflona, V. en cambio es un espárrago, y si hubiese yo sabido lo bien educada que es V., tenga por seguro que la habría hecho correr mucho más... señora princesa.

Al poco rato bajaron dos rotitos de la imperial, y entonces la mujer y el niño subieron la escalera y tomaron asiento en las alturas del carruaje, colocándose el chiquillo en las rodillas de su madre.

La conductora subió detrás, pues no le había abonado el pasaje, y cuando la «princesa» y la «gordiflona» estuvieron cara á cara, cruzaron una mirada en la que se revelaba su mutuo encono; pero, sin embargo, guardaron silencio y la mujer entregó á la conductora una ficha.

—¡Ah, nó!—exclamó ésta comprendiendo que había llegado el momento del desquite.—¿Pretende V. no pagarme el pasaje por ese niño?

—No tiene aún tres años, y por lo tanto, no debo pagar por él.

—¿Y pretende V. hacerme creer?...

—No los ha cumplido todavía—contestó la viajera con inconcebible sangre fría.

—Pues para mí tiene por lo menos cinco; y, por consiguiente, no puede V. llevarlo en las rodillas. Me falta una ficha más.

—Aunque me maten, no se la doy á V., contestó la «princesa».

La «gordiflona», al ver que surgía un disgusto grave, vacilaba acerca de la línea de conducta

que debía seguir. En aquel momento se detuvo el tranvía, y la conductora bajó de la imperial para ver lo que pasaba en las regiones inferiores, puesto que se había oído el timbre del interior.

A los pocos instantes volvió la conductora á subir la escalera y encarándose con la «princesa», le dijo:

—Si no quiere V. darme los dos y medio centavos, tendrá que bajar inmediatamente.

—Ya he pagado—contestó la viajera.

—Pero el niño nó, y voy á hacerle bajar en seguida.

—¡Inténtelo V. ya veremos lo que pasa!

El carrito seguía inmóvil, y los pasajeros del interior empezaban á quejarse de lo interminable de la detención. La conductora imitó el *proceder* de algunos ministros y cedió ante la opinión pública.

—¡Ya se arreglará V. con el inspector!—exclamó la conductora.

Y el carruaje reanudó su marcha.

Al subir el primer inspector, la «gordiflona» le explicó lo ocurrido con la viajera de la imperial.

Desde la vereda mandó éste á la «princesa» que tuviese la bondad de bajar en el acto.

—He pagado mi puesto—contestó la interpelada.

—¿Es verdad que ha pagado?—preguntó el inspector.

—Sí—contestó la «gordiflona».—Pero lleva en las rodillas un niño que tiene más de cinco años y no quiere pagar ni abandonar su asiento.

El inspector subió á la imperial y preguntó al niño:

—¿Qué edad tienes?

—Tres años y medio.

El auditorio aéreo se echó á reír y el inspector bajó visiblemente contrariado.

—Vaya V. en busca de un *paco*—dijo á la conductora.

A los cinco minutos se presentó el representante de la autoridad acompañado de la «gordiflona».

Las cien personas que se habían agrupado ante el carrito guardaron silencio, comprendiendo que se acercaba el desenlace del drama.

El guardián tomó por asalto la imperial y aplastó los pies á media docena de personas y se puso en contacto con el enemigo.

Comenzó un nuevo interrogatorio y el niño repitió que tenía tres años y medio, en vista de lo cual el guardián lo trató de farsante.

El calificativo fué considerado como injurioso por los circunstantes. Cuando la madre, que en aquel momento les llegó á ser simpática, exclamó con voz de trueno: «No tiene V. derecho á insultar á ese niño», se oyeron entre los grupos prolongados murmullos de aprobación.

—Sea como quiera—dijo el guardián—no tiene V. más remedio que bajar.

—¡Pues no bajo, aunque me amenacen con la muerte!—contestó la «princesa».

—Mire V. señora, que me verá obligado á apelar á la fuerza.

La viajera no se movió ni dijo una palabra, pero sus ojos lanzaban llamas.

—¿No quiere V., bajar?

—Nó, porque estoy en mi derecho.

—¿Con que insiste V. en no abandonar ese asiento?

—Sí, señor. No me muevo de aquí ni á tiros.

—¿No baja V?

—Nó.

El agente de orden público levantó los brazos y la concurrencia creyó que el peso de la ley iba á caer sobre los hombros de la *obstinada*. Pero aquel ademán se dirigía al cielo, para tomarle por testigo de que habían sido inútiles todas las tentativas de conciliación.

El agente bajó de la imperial.

—Señora—dijo un hombre de edad madura que estaba sentado cerca de la «princesa»—ha hecho V. mal en no obedecer á la autoridad. Ese hombre ha ido en busca de un compañero y tendrá V. que dormir en *San Pablo*.

—No temo á la justicia—contestó la mujer sin inmutarse.

Desde las veredas, desde las ventanas, desde la altura de la imperial, todo el mundo seguía con angustia los movimientos del *paco*.

Cuando éste estuvo en la calle, llamó á la «gordiflona», la cual se le acercó inmediatamente.

—¿Cuánto debe esa señora?—preguntó el representante de la autoridad á la conductora.

—Una ficha.

—Pues bien—dijo el agente, metiéndose la mano en el bolsillo—ahí la tienes y se acabó la cuestión, y ahora sigue adelante con el carro!

SOMAR





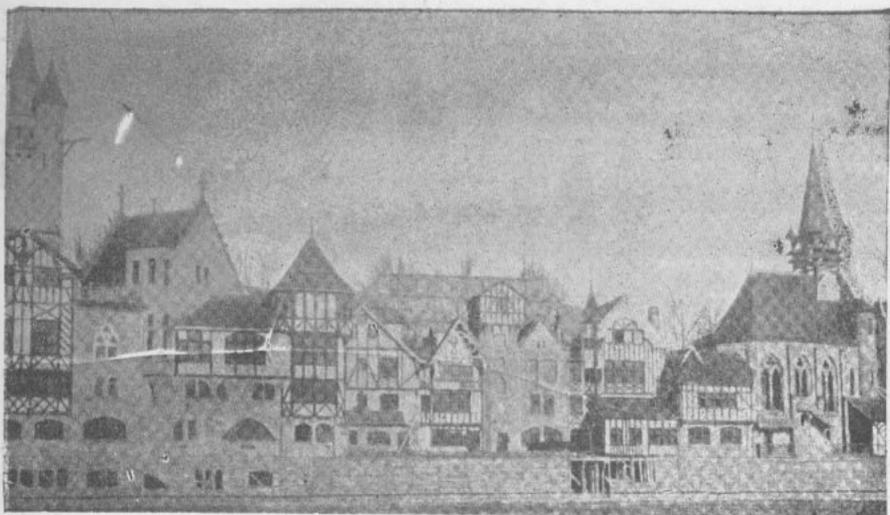
Dibujo del señor BAUDA, discípulo de don Guillermo Córdova
(Escuela de Dibujo, calle de San Antonio esquina de Moneda)

ESCUELA DE GLASES

Con las lluvias de la presente estación han terminado los ejercicios de caballería del escogido curso que dirige el teniente Oyarzún. Como se ve en el fotograbado que insertamos más adelante, el curso de equitación de la Escuela de Clases ha llegado á ese grado de progreso en que se logra hacer del caballo un mero instrumento del jinete.

La fotografía ha sorprendido el momento en que los caballos se han tumbado á la voz de los jinetes, para desaparecer á la vista del enemigo.

Felicitemos al instructor señor Oyarzún, por el grado de progreso que ha alcanzado su curso.

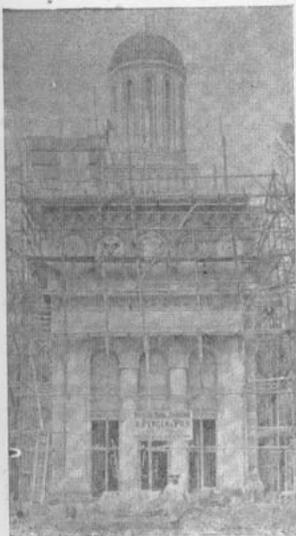


VISTA PANORÁMICA DEL VIEJO PARÍS

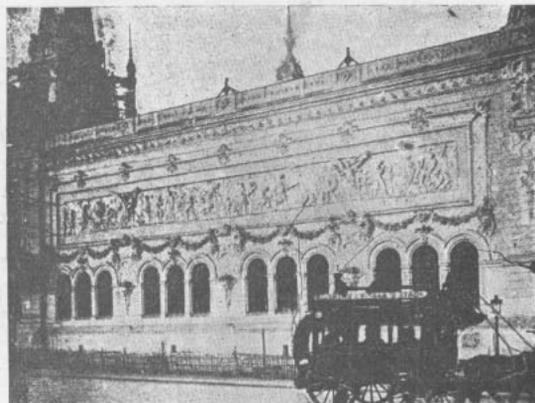
EXPOSICION DE PARÍS

En el número anterior dimos un fotograbado de la ramosa resurrección del Viejo París, ejecuta do por el arquitecto Alberto Robida; hoy completamos ese apunte con una vista panorámica de la misma curiosa instalación.

No podía haberse escapado á la fantasía francesa este detalle que opone al París moderno, al París de última moda, el Viejo París de Luis XIII,



PABELLÓN DE RUMANIA



PALACIO DEL ARTE MOBILIARIO

Así han quedado frente á frente el París religioso de Nôtre Dame y el París industrial de la Torre Eiffel.

También ofrecemos á nuestros lectores una vista de las fachadas del Arte Mobiliario, enorme edificio que contendrá una exposición tal vez la más completa é interesante de todo el concurso. Terminamos con el Pabellón de Rumania debido al célebre arquitecto Mr. Forinigué, que ha tratado de recordar en él los caracteres del arte rumano.

Como nuestros lectores ven, en nuestro fotograbado aparecen aún los andamios que rodeaban á los edificios, y esto se explica, pues en los últimos telegramas se dan las primeras noticias de su inauguración.



LOS AMIGOS



Enrique Gutiérrez tiene que pagar una letra de quinientos pesos y le faltan trescientos para cumplir su compromiso.

Da cuenta del caso á su mujer y ella le contesta:

—No te confundas por tan poca cosa. Encontrarás fácilmente ese dinero, pues tenemos muy buenos amigos que no tendrán inconveniente en prestártelos.

—Tanto más, cuanto que el préstamo será sólo por unos cuantos días.

—Ve á ver á los Corderos y saldrás en el acto del apuro.

Gutiérrez no ha pedido dinero á nadie en su vida y está acobardado, temeroso del paso que va á dar.

Sin embargo, se dirige presuroso á casa de su amigo Cordero, que ocupa una buena posición en el comercio y con él mantiene íntimo trato.

—¡Ah!—exclama Cordero al verle.—¿Qué vientos le traen á V. por esta casa?

—Vengo á pedirle á V. un favor.

—Con muchísimo gusto. ¿Necesita V. mi carruaje?

—Nó, muchas gracias. Tengo que pagar mañana una letra, y como me faltan trescientos pesos, vengo á pedírselos á V.

—Le agradezco á V. en el alma que haya pensado en mí.

—Se los devolveré á V. dentro de unos días.

—Eso es lo menos. La cuestión es que en este momento no me es posible complacer á V. Ayer envié á mi cuñado todo el dinero que tenía en caja para que me comprara una casa de campo que estaba en venta. Crea V. que lo siento de veras. Mi mujer se va á poner furiosa conmigo.

—Deploro el haber molestado á V...

—Nada de eso. Si hubiese V. venido ayer, hubiera podido servirlo. ¿Y cómo sigue la señora?

—Bien, gracias—dice Enrique, el cual se retira disgustado.

—¿Será verdad—se pregunta el pobre hombre—que no se tienen amigos más que cuando no se necesitan?

Gutiérrez se dirige á casa de Zamorano, en la seguridad de que éste le prestará el servicio que va á pedirle.

Lo recibe la señora Zamorano, la cual le dice:

—¡Usted por aquí!

—Sí, señora; ¿y su marido de V.?

—Está fuera, pero no tardará en volver. ¿Quería V. algo?

—Sí, tengo que pedirle un favor.

—Supongo que se lo hará á V. con mucho gusto.

—Así lo creo. Me faltan trescientos pesos para pagar una letra... y venía á pedírselos.

—Sí, sí, ya comprendo... Mi marido tiene la llave de la caja. Ya sube la escalera y voy á decirle que está V. aquí.

La señora Zamorano corre al encuentro de su esposo y le dice al oído:

—Gutiérrez ha venido á pedirte dinero. Dile que no tienes ni un centavo.

—Puedes estar tranquila—contesta el marido.

Zamorano tiende la mano á su amigo y exclama:

—¡Mi querido Gutiérrez! ¡Cuánto me alegro de verte!

—Vengo á pedirte un favor. Necesito que me prestes trescientos pesos por algunos días.....



—No prosigas. Mi mujer ha pagado esta mañana la cuenta de su modista y no me quedan en la caja más que cincuenta pesos.

—¡Siempre lo mismo! — dice Gutiérrez suspirando.

— Si hubieses venido hace dos días habría podido servirme. Ya sabes que lo hubiera hecho con muchísimo gusto. Pero ahora no es cosa de ofrecerte cincuenta pesos...

—Nó, nó, adiós— dice Gutiérrez, el cual se retira acompañado de Zamorano hasta la puerta.

Gutiérrez está aterrado y se pregunta si es juguete de una horrible pesadilla.

Al pasar por delante de un restaurant, de cuyo dueño es amigo, entra y pregunta por el dueño del establecimiento.

Son las tres de la tarde y el establecimiento está vacío.

Madame Lefour, que está en el mostrador, va en busca de su marido, el cual se presenta á los pocos instantes.

—¿Qué desea V., amigo mío? — dice á Gutiérrez.

—Vengo á pedirle á V. un favor. Deseo que me preste V. por unos días trescientos pesos que me faltan para pagar una letra.

—Hace dos horas que he pagado una de dos mil y no me queda ni un centavo en casa. ¡Si supiera V. qué mal andan ahora los negocios!

—¿Pero ya no come la gente?— preguntó Gutiérrez.

—Sí, pero con mucha economía. Ya no se gana aquí lo que en otro tiempo. Si hubiese V. venido esta mañana...

—¡Veo que en el caso en que yo me encuentre hay que acudir siempre un día ó algunas horas de anticipación! ¡Adiós, pues, amigo Lefour!

—¡Adiós! ¡Crea V. que siento en el alma no haberlo podido servir como hubiera yo deseado!

Gutiérrez visita á diez ó doce amigos, y en todas partes obtiene el mismo resultado negativo.

—¡Esta lección — decía para sí Gutiérrez — vale mucho más que los trescientos pesos!

Al pasar por la calle 21 de Mayo tropieza con un individuo, el cual exclama al verle:

—¡Calla! ¿Eres tú, Gutiérrez! ¡Cuántos años sin vernos!

El desconocido es un fotógrafo, condiscípulo de Gutiérrez, con quien éste no mantiene trato alguno.

—Como tienes buenas relaciones, no vas nunca á verme— dice el fotógrafo— y parece como que desdeñas mi amistad.

—Pues te aseguro que de nada me sirven esas relaciones. Necesito para mañana trescientos pesos y todos mis amigos se han negado á prestármelos.

—¿Y por qué no has pensado en mí? Pero como yo nada significo...

—¡No me abrumes, por Dios, te lo ruego!

—Vamos á casa. Mi mujer se alegrará mucho de verte, y mucho será que no encuentre yo en algún cajón de mi armario la cantidad que necesitas.

—Iba á pedir ese dinero á un establecimiento de crédito.

—No lo permito.

Gutiérrez sigue al fotógrafo, que vive en la Cañadilla. Su mujer, que es una criatura encantadora, le recibe con gran amabilidad y le dispensa todo género de atenciones.

El fotógrafo abre un armario y después exclama gozoso:

—Ya sabía yo que podría darte los trescientos pesos. Ahí los tienes.

—Acepto— contesta Gutiérrez, hondamente emocionado— ¡Tú sí que eres un verdadero amigo!

Gutiérrez ha cerrado la puerta de su casa á todas sus antiguas relaciones y no recibe en su domicilio más que al fotógrafo.



ESCUELA DE CLASES — Curso de equitación



LOS AZAHARES MARCHITOS

(Para INSTANTÁNEAS)

I

La pobrecilla estaba llorando cuando me acerqué á saludarla. Ese día estaba más hermosa que nunca mi amiga Berta ¡Le sentaban tan bien las lágrimas!

—¿Qué te pasa, amiga mía?—le pregunté.

—Ya tú lo sabes—me respondió, mirándome de cierto modo que me dió lástima.

Efectivamente, yo lo sabía; pero no podía creer aquello. Me había confiado todos sus secretos porque me quería como á un hermano. Había llegado el día fatal en que tenía que ir al sacrificio como una tímida oveja.

Tenía apenas catorce años de edad y ya sus padres habían decidido casarla con un hombre muy rico del pueblo. Ella protestó al principio; pero como se le amenazara con encerrarla en un convento, cosa á que la pobrecita le tenía más horror que al mismo infierno, tuvo que acatar la voluntad de sus padres.—«Ricardo es muy rico, te ama mucho y serás feliz con él»,—le repetían á cada instante; pero todo era inútil; ella no le amaba, le aborrecía; su corazón pertenecía á otro.

Aquella mañana, cuando el reloj de la torre daba las diez, la vi llegar á la iglesia con su vestido blanco y su corona de desposada, cuyos azahares frescos despedían talfragancia, que renovaron en un momento aquel aire pesado y nada agradable que minutos antes llenara la gran nave. ¡Qué bellísima estaba! Caminaba despacio, con pasos muy marcados y sus grandes ojos negros fijos en una imagen de la virgen de Dolores que había en el altar mayor.

Cuando los novios se tomaron de la mano y noté que el cura se disponía á dirigirles las preguntas de estilo, me pareció que el corazón se me iba á hacer trizas porque preveía una catástrofe.—«Berta R., deseáis tomar por esposo á Ricardo N?» Me quedé asombrado cuando la ví contestar con voz firme y serena: «Sí quiero»; pero en ese instante dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas, me indicaron que aquello no debía durar.

Después del casamiento siguió en casa de la novia una animada matinée, que pudo haber durado hasta muy tarde. La novia se mostraba muy



—¿Qué te ha dicho ese elefante?

—Pues me ha dado muchas razones de peso...

—¡Claro! Como tuyas.

—Sí: pero no da razón de aquellos pesos que me debe.

(De Barcelona Cómica)

contenta, muy complaciente con todos; reía, danzaba y se bromeaba á cada instante con las demás niñas.

Las parejas se disponían ya para dar comienzo á las últimas cuadrillas, cuando penetró al salón, muy asustado y nervioso, el pobre Ricardo, preguntando en alta voz por su señora esposa. Todos le quedaron mirando; pero nadie le respondió. Pasado el asombro, los concurrentes se precipitaron en busca de Berta, creyendo que le habría dado algún ataque. Se le buscó por todas partes, pero en vano; ya Berta no estaba allí. ¡Ah, qué golpe aquél para la familia! Jamás llegó á saberse su paradero.

Berta, aprovechando el bullicio del salón, se salió sin ser vista y echó á todo correr hacia el fondo de la casa; abrió una puertecita falsa que daba á la calle, y allí, ligera como gamo, subió á un carruaje que la aguardaba, el que partió á escape para irse á detener allá muy lejos, en una casita pintoresca, en donde la esperaban los brazos de su amante.

Al día siguiente, la criada encargada de cuidar á mi pobre amiga, al ir á arreglar el dormitorio encontró los azahares, marchitos ya, desparramados por el suelo; uno que otro se mantenía todavía firme en la corona, que la sirvienta cuidadosamente colgó á la cabecera del lecho.

Un año después, la hermosa Berta se encontró sola en el mundo, sin más amparo que una remota esperanza: la de alcanzar el perdón de sus padres.

Abatida y casi sin valor para dar el paso que se proponía, tomó un coche y se hizo conducir á su antigua morada. ¡Un año! un año sin saber ni una palabra de aquellos que la habían dado el ser. A medida que el carruaje se aproximaba al término de su viaje ¡cuántas lúgubres ideas cruzaban por la mente de Berta!

Por fin, detúvose el coche muy cerca de la puerta de la casa de sus padres. Asomó la cabeza por la ventanilla y casi inmediatamente sintió un golpe terrible en el corazón. La casa estaba cerrada. ¿Qué había pasado? Cruel incertidumbre. Hizo que el cochero se apeara y fuera á indagar.

Los minutos que el auriga tardó en volver fueron siglos para aquella infeliz.—¡Dios mío! ¿Qué sucede? le preguntó al cochero, cuyo rostro no parecía de buen agüero.—Señorita, le contestó el buen hombre, le aconsejo que por ahora nos volvamos; ya lo sabrá usted cuando estemos lejos de aquí. Berta no insistió sino que se echó á llorar amargamente, no atreviéndose á descubrir el misterio; pero el corazón le anunciaba algo espantoso.

¿Qué habría sucedido si Berta hubiera sabido que su madre había muerto de pesar por la falta de ella y que su padre, al verse solo, había huído de allí? Sólo Dios puede saberlo.

El coche volvió á ponerse en movimiento y tomó por otra calle. La pobre Berta, serenada un tanto, se asomó nuevamente á la ventanilla para dar una última mirada á aquellos sitios que la habían visto nacer. La casualidad quiso que en ese momento pasara frente á la casa de su esposo. Las ventanas también estaban cerradas; pero había una que no lo estaba, y allí se destacaba la figura de un hombre encanecido ya, y que miraba de un modo que daba miedo. Berta, inmediatamente que lo vió se escondió precipitadamente dentro del coche; pero no tan ligera que el personaje en cuestión dejara de reconocerla.—«Será el padre de Ricardo», se dijo la infeliz. ¡Ah! si ella hubiera sabido que aquel individuo blanco de canas era nada menos que su esposo! El hombre de la ventana, cuando vió aquella cabeza semi-rubia y aquellos ojos negros asomados á la portezuela del carruaje, empezó á dar voces para que vinieran á abrirle las puertas. Inútil pedido, porque á los locos no se les hace caso.

Desesperado, colérico, corrió contra una de las puertas y le dió tal empujón que saltó hecha astillas. Salió á la calle y como alma que lleva el diablo, echó á correr tras el coche, que ya apenas se divisaba allá á lo lejos.

El carruaje se detuvo por último en la casita azul y Berta entró en ella más abatida de lo que había salido.

Después de unos cuantos minutos penetraba también el loco, jadeante, con la boca llena de espuma y el pelo en desorden. Berta alzó sus ojos llorosos y al verlo abrió los brazos y se precipitó hacia él exclamando:—«¡Ricardo! Mi Ricardo que...!» No alcanzó á terminar la frase, porque dos poderosos brazos la estrecharon de tal manera que aquel cuerpecito escultural y lleno de encanto se dobló como se dobla una espiga al troncharla; un doloroso ¡ay! se ahogó en su garganta y cerró los ojos para no abrirlos jamás.

El loco la besó repetidas veces, la depositó en el lecho, y como viera la corona de azahares allí tan cerca, la colocó en la cabeza de la muerta y lanzó una carcajada horrible!...

VAFRI

Junio de 1900.

CHASCARRILLOS

El doctor X entra en una cigarrería y pide un sello.

—¿Cómo está usted?—pregunta al cigarrero.

—Muy bien.

—Cá! Usted no está bueno. Á ver la lengua.

El cigarrero obedece.

El doctor pasa el sello suavemente por encima de la lengua y dice al mismo tiempo que pega el sello en el sobre.

— Eso era lo que quería. Muchas gracias.

*
* *

En una tertulia dice el amo de la casa:

Por mucha gente que venga á mis reuniones, á las once en punto está todo terminado.

—¿Y cómo se arregla usted para despedir á los amigos?

—Pues la cosa es muy sencilla. Siento á mi mujer al piano.

DE ACTUALIDAD

¡Ha de vivir con desvelo
en este país la gente!...
Ya nos invaden el suelo,
ya se enferma el Presidente;

ya el diputado de Osorno
pierde á lo mejor el seso
y estima que es un bochorno
esa Virgen del Congreso...

Y para colmo de males,
las Cámaras no trabajan,
pues los diputados duales
su constitución atajan.

Amanece á lo mejor
cerrado el cielo y lloviendo...
¡Hay que pensar con temor
si nos vamos *disolviendo!*

Con el Perú nos peleamos;
de Bolivia nos reímos,
y alegres escamoteamos
el puerto que prometimos...

El Ejército en porciones
lo mandamos á pasear,
sin pensar que esas naciones
nos pueden apezcozar;

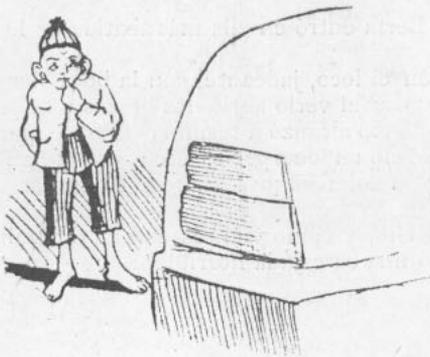
y con Estados Unidos,
sin darnos hora ni plazo,
pillarnos desprevenidos
y darnos un cuadrillazo!

Cuando un carro está empacado
al postillón se recurre...
y que es un carro el Estado
¿á qué mente no se ocurre?

¿Que no podrá don Elías
servirnos de postillón
y de tantas anarquías
desenredar la Nación?

CARTÍLAGO

NOTA.—No aceptamos la falta de respeto con que está concebida esta composición, pero sí la idea.



1



2



3



4

INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Oficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

La correspondencia debe ser dirigida al DIRECTOR DE INSTANTÁNEAS. Los originales, se publiquen ó no, se destruyen.

Número suelto..... 10 centavos

Número atrasado..... 20 „

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año.

Se advierte á los comerciantes que exijan recibos impresos y timbrados á los agentes de avisos si pagan el valor adelantado.

Las Novedades Parisienses

TIRAS Y RECORTES BORDADOS

Surtidos enteramente nuevos. Especialidad para novias.
Ropa blanca, modelos DOUCET.

J. Zamulo y Le-Besgue

PAUL LEBAS

Relojero Diplomado

CONTRATADO

Por el Gobierno en Francia



Especialidad en composuras de Relojes finos y complicados.

AHUMADA 356, altos de la Peluquería de JARDEL



Sastrería Parisien

ESTADO, 52

Pedro Pascual



Quien quiera vestirse bien aunque apenas tenga un real, que vea á PEDRO PASCUAL Sastrería Parisien.

I le encargue un buen vestón i verá todo Santiago, que con muy pequeño pago no encontrará otro mejor.

Las Dos Californias

AHUMADA, 310

Gran surtido en mercaderías de invierno.

Frazadas Guarda Española, desde \$ 5.00 cada una.

Franelas lindos dibujos, de 20, 25, 30, 40, 50 y 60 centavos vara.

LAS DOS CALIFORNIAS

Simpson y Ca.

El Almacén predilecto de las Familias

Almacén de Té y Provisiones

Estado esq. de Agustinas-SANTIAGO-Teléfono Inglés, 302

Casilla 6, Teléfono Nacional 140



El surtido más grande en Santiago. Gran surtido de conservas inglesas, francesas, alemanas é italianas. Porcelanas, cristales, plaqués, quincallería, cuchillería y artículos enlazados.

TÉ 18

